

tares. Barras pensó en este oficial en la noche del 12 vendimiario, pidiendo que le nombraran su segundo, lo cual fué concedido.

Sometidos aquella misma noche á la Convención los dos nombramientos, fueron aprobados en el acto. Barras confió las disposiciones militares al joven general, que en el instante mismo se encargó de todo y comenzó á dictar órdenes con extrémada actividad.

En todos los barrios se había seguido tocando generala: algunos emisarios se diseminaron para elogiar la resistencia y el éxito obtenido por la sección Lepelletier, exagerar sus peligros, inducir á creer que éstos eran comunes á todas las secciones, excitar su amor propio y estimularlas á rivalizar con los granaderos del barrio de Santo Tomás. Acudieron de todas partes, y al fin se formó en la sección Lepelletier un comité central y militar, bajo la presidencia del periodista Richer-Serisy. Ya estaba acordado el proyecto de la insurrección; formábanse los batallones; se atraía á todos los hombres poco resueltos; y todos los menestrales de París, extraviados por un falso puntillo de honor, iban á desempeñar un papel que convenía poco á sus costumbres é intereses.

Ya no era tiempo de pensar en dirigirse contra la sección Lepelletier á fin de ahogar la insurrección en su nacimiento. La Convención contaba con unos cinco mil hombres de tropa de línea; pero si todas las secciones desplegaban el mismo celo, reunirían cuarenta mil, bien armados y organizados, y la Convención no podría atacar semejante fuerza con los cinco mil hombres de que disponía, machando á través de las calles de una gran capital. Cuando más sería posible defender la Convención, formando un campamento bien atrincherado; y en esto fué en lo que pensó el general Bonaparte. Las secciones no contaban con artillería, porque depositaron todas las piezas el 4 pradiar, y los más ardientes hoy fueron entonces los primeros en dar el ejemplo, á fin de asegurar el desarme del arrabal de San Antonio. Esto era una gran ventaja para la Convención: todo el parque se hallaba en el campamento de Sablóns, y Bonaparte ordenó al punto al jefe de escuadrón Murat que fuera á buscarle á la cabeza de trescientos caballos. Murat llegó en el momento mismo en que un batallón de la sección Lepelletier iba también á apoderarse del parque; pero adelantándose á él, mandó enganchar las piezas y las condujo á las Tullerías. Bonaparte se ocupó acto continuo en defender todas las salidas; tenía á sus órdenes cinco mil soldados de línea, una fuerza de patriotas que desde la víspera se había elevado á mil quinientos hombres, algunos gendarmes de los tribunales, desarmados en pradiar y á quienes se armó de nuevo en esta ocasión, la fuerza de policía y varios inválidos, componiendo en todo un total de cerca de ocho mil hombres. Bonaparte distribuyó su artillería y sus tropas en las calles del Delfín, la Escala, Rohán, San Nicasio, el puente Nuevo, el Real y el de Luis XVI, en las plazas de Luis XV y Vendome, y en todos los puntos, en fin, por donde se podía llegar á la Convención. La caballería y una parte de la infantería se situó como reserva en el Carrousel y en el jardín de las Tullerías. Después mandó que todos los víveres existentes en París fuesen trasladados á las Tullerías, y que se estableciera un depósito de municiones y una ambulancia

para los heridos; envió un destacamento para apoderarse del depósito de Meudón, á fin de ocupar las alturas para retirarse con la Convención en caso de un descalabro; y mandó interceptar el camino de San Germán con el objeto de impedir que se llevaran cañones á los revoltosos, disponiendo á la vez que se transportasen cajones de armas al arrabal de San Antonio, para armar á la sección de los Trescientos, única que votó por los decretos y cuyo celo había ido á reanimar Ferrón. Terminadas estas disposiciones en la mañana del 13, dióse á las tropas republicanas orden de esperar la agresión sin provocarla.

Entretanto el comité insurrecto, establecido en la sección Lepelletier, había tomado también sus disposiciones. Comenzó por declarar á los comités de gobierno fuera de la ley, creando después una especie de tribunal para juzgar á los que resistieran á la soberanía de las secciones. Varios generales se presentaron á ofrecer sus servicios: un vandeano conocido con el nombre de conde de Maulevrier y un joven emigrado llamado Lafond salieron de su retiro para dirigir el movimiento. Los generales Duhoux y Danicán, que habían mandado los ejércitos republicanos en la Vendée, se agregaron luego á dichos jefes. Danicán era un hombre de espíritu inquieto, más propio para declamar en un club que para mandar un ejército, y siendo amigo de Hoche, éste solía reprenderle á menudo por sus inconsecuencias. Hallábase entonces en París, muy descontento del gobierno, que le había destituido, y parecía dispuesto á tomar parte en los proyectos más inicuos: se le nombró entonces general en jefe de las secciones.

Adoptado el partido de batirse, y hallándose comprometidos todos los ciudadanos á su pesar, formóse una especie de plan. Las secciones del arrabal de San Germán, á las órdenes del conde Maulevrier, debían partir del Odeón á fin de atacar las Tullerías por los puentes; las secciones de la orilla derecha lo harían por la calle de San Honorato y por todas las transversales que desembocan en las Tullerías; y un destacamento, mandado por el joven Lafond, tenía orden de apoderarse del puente Nuevo para poner en comunicación las dos divisiones del ejército rebelde. A la cabeza de las columnas se puso á los jóvenes que habían servido en los ejércitos y que eran más capaces de arrostrar el fuego. De los cuarenta mil hombres de la guardia nacional, sólo se hallaron presentes y con armas de veinte á veintisiete mil. En vez de presentarse en columnas cerradas al fuego de las baterías, hubiera sido maniobra mucho más segura formar barricadas en las calles, encerrar así á la Asamblea y á sus tropas en las Tullerías, apoderarse de las casas contiguas, y hacer desde allí un fuego mortífero, matando uno á uno á los defensores de la Convención, para reducirles por el hambre y las balas; pero los individuos de las secciones pensaban sólo en un golpe de mano y creían que bastaría una sola carga para llegar hasta el palacio y hacer abrir las puertas.

Aquella mañana misma la sección Poissonniere detuvo los caballos de la artillería y las armas enviadas á la sección de los Trescientos; la de Mont-Blanc se apoderó de los víveres destinados á las Tullerías, y un destacamento de la sección de Lepelletier se posesionó de la tesorería. El joven Lafond se dirigió hacia el puente Nuevo á la cabeza de varias compañías, mientras que

otros batallones avanzaban por la calle del Delfín. El general Carteaux estaba encargado de la defensa de aquel puente con cuatrocientos hombres y cuatro piezas; y no queriendo empeñar el combate, retiróse al pretil del Louvre. Los batallones de las secciones fueron á situarse por todas partes á pocos pasos de los puntos avanzados de la Convención y bastante cerca para hablar con los centinelas.

Las tropas de la Convención hubieran conseguido una gran ventaja tomando la iniciativa, y acaso hubiesen introducido el desorden entre los rebeldes atacándolos bruscamente; pero habíase recomendado á los generales que esperasen la agresión; y en su consecuencia, á pesar de los actos de hostilidad ya cometidos, á pesar de haberse apoderado de los caballos de la artillería, de los víveres destinados á la Convención y de las armas enviadas á los Trescientos, y á pesar de haberse dado muerte á un ordenanza de húsares en la calle de San Honorato, persistióse aún en no atacar.

La mañana se había pasado en preparativos por parte de las secciones, mientras el ejército de la Convención se limitaba á esperar, cuando Danicán creyó de su deber enviar un parlamentario á los comités para ofrecerles condiciones antes de comenzar el combate. Barras y Bonaparte recorrían los puntos cuando llegó el parlamentario con los ojos vendados, como se hace en una plaza de guerra. Conducido ante los comités, el parlamentario se expresó con tono muy amenazador, ofreciendo la paz á condición de que se desarmara á los patriotas y se anulasen los decretos del 5 y 15 fructidor.

Semejantes condiciones no eran aceptables, y por lo tanto no se debían escuchar; pero los comités, aunque sin responder, resolvieron nombrar veinticuatro diputados para que fuesen á fraternizar con las secciones, medio que había dado buen resultado á menudo, porque la palabra produce mucha impresión cuando se acerca el momento de llegar á las manos, y se admite de buena gana un arreglo que evita la efusión de sangre. Sin embargo, como Danicán no recibía respuesta, dió la orden de ataque, y oyéronse varios tiros. Bonaparte mandó llevar ochocientos fusiles y cartucheras á una de las salas de la Convención para armar á los mismos representantes, que en caso necesario formarían un cuerpo de reserva. Esta precaución hizo comprender toda la extensión del riesgo: cada diputado corrió á ocupar su puesto, y según la costumbre en los momentos de peligro, la Asamblea esperó en el más profundo silencio el resultado de aquel combate, el primer combate formal que se había empeñado hasta entonces contra las facciones insurrectas.

Eran las cuatro y media; Bonaparte, acompañado de Barras, monta á caballo en el patio de las Tullerías y corre al puesto del callejón Delfín que da frente á la iglesia de San Roque. Las fuerzas de las secciones ocupaban la calle de San Honorato, llegando hasta la entrada del callejón; uno de sus mejores batallones se hallaba apostado en las gradas de la iglesia de San Roque, y de una manera ventajosa para tirotear á los artilleros convencionales. Bonaparte, que sabía apreciar la fuerza de los primeros golpes, hace avanzar sus piezas inmediatamente, ordenando la primera descarga: los de las secciones contestan con un nutrido fuego de fusilería,

pero Bonaparte los cubre de metralla, obligándolos á replegarse en las gradas de la iglesia de San Roque; acto continuo se precipita hacia la calle de San Honorato, y hace avanzar contra la iglesia misma una fuerza de patriotas que se batían á su lado con gran valor, por lo mismo que tenían crueles injurias que vengar. Después de una viva resistencia son desalojados al fin los de las secciones; y Bonaparte, mandando apuntar sus piezas á derecha é izquierda, da la orden de hacer fuego enfilando toda la calle de San Honorato. Los insurrectos huyen entonces en todos sentidos, retirándose en el mayor desorden. Bonaparte, confiando entonces á un oficial el cuidado de continuar el fuego, para terminar la derrota, remonta hacia el Carrousel y corre á los otros puestos. En todas partes manda tirar con metralla, y por doquiera ve huir á los infelices defensores de las secciones, que se han expuesto imprudentemente en columnas cerradas á los efectos de la artillería. Aunque los rebeldes llevaban á la cabeza de aquellas hombres muy valerosos, huyen precipitados hacia el cuartel general establecido en Santo Tomás. Danicán y los otros jefes reconocen entonces la falta que han cometido al marchar contra las piezas, en vez de levantar barricadas y ocupar las casas inmediatas á las Tullerías; pero no pierden por eso el valor, y resuélvense á intentar un nuevo esfuerzo, creyendo poder reunirse con las columnas que vienen del arrabal de San Germán para atacar todos juntos los puentes. En efecto, reunen de seis á ocho mil hombres y los dirigen hacia el puente Nuevo, donde estaba apostado Lafond con su tropa; agréganse luego á los batallones que llegan de la calle del Delfín al mando del conde de Maulevrier, y todos juntos avanzan en columna cerrada desde el puente Nuevo al puente Real, siguiendo el pretil de Voltaire. Bonaparte, presente siempre allí donde el peligro lo exige, corre á este punto, manda colocar varias baterías en el pretil de las Tullerías, que es paralelo al de Voltaire, hace avanzar los cañones situados al frente del puente Real, y los asesta de modo que enfilen el pretil por donde llegan los sublevados.

Adoptadas estas medidas, deja á los insurrectos acercarse, y de repente da la orden de hacer fuego. La metralla, partiendo del puente, coge de lleno á la fuerza de las secciones, y la que se dispara al mismo tiempo del pretil de las Tullerías les abraza por el flanco, sembrando el terror y la muerte en sus filas. El joven Lafond, desplegando una indomable bravura, consigue reunir á su alrededor algunos hombres de los más intrépidos, y marcha de nuevo sobre el puente, á fin de apoderarse de las piezas; pero un fuego redoblado dispersa su columna. En vano trata de reunirlos por última vez; todos huyen y se diseminan bajo los certeros tiros de una artillería bien dirigida.

A las seis había concluido el combate comenzado á las cuatro y media. Bonaparte que acababa de desplegar una desapiadada energía durante la acción mandando hacer fuego contra el pueblo de la capital como sobre batallones austriacos, manda entonces cargar los cañones con pólvora, para acabar de poner en fuga á los insurrectos. Como quiera que algunos hombres de las secciones se hubiesen atrincherado en la plaza Vendome, en la iglesia de San Roque y en el Palacio Real, manda á sus tropas desembocar por todas las salidas

de la calle de San Honorato, y destaca otra fuerza que partiendo de la plaza de Luis XV atraviesa la calle Real para costear los bulevares. De este modo despeja la plaza Vendome y la iglesia de San Roque, asalta el Palacio Real y le bloquea para evitar un combate nocturno.

En la mañana del día siguiente, algunos tiros bastaron para que se evacuase el Palacio Real y la sección Lepelletier, donde los rebeldes se habían propuesto atrincherarse. Bonaparte mandó tomar algunas barricadas que se levantaron junto a la barrera de los Sargentos, y detuvo a un destacamento procedente de San Germán que llevaba algunas piezas a las secciones. La tranquilidad quedó completamente restablecida el día 14, y se retiraron al punto los muertos para que no quedasen vestigios del combate. Por una parte y otra hubo de trescientas a cuatrocientas bajas entre muertos y heridos.

Esta victoria regocijó en extremo a todos los amigos sinceros de la república, que no habían podido menos de reconocer en este movimiento la influencia del realismo; y devolvió al mismo tiempo a la Convención amenazada, es decir, a la revolución y a sus autores, la autoridad que necesitaban para el establecimiento de las nuevas instituciones. Sin embargo, la opinión unánime fué que no se debía abusar de la victoria con severos castigos. Ya se iba a pronunciar un cargo contra la Convención, diciéndose que no había combatido en provecho del terrorismo sino para restablecerle, é importaba que no se le pudiese imputar el proyecto de verter sangre. Por otra parte, los de las secciones probaban que eran muy medianos conspiradores, distando mucho de tener la energía de los patriotas, pues apresuráronse a volver a sus casas, satisfechos de salir del paso a tan poca costa y de haber arrostrado un instante el fuego de aquellos cañones que tan a menudo rompieron las líneas de Brunswick y de Coburgo. Con tal que se les dejase aplaudir en su casa su valor, ya no eran peligrosos. En su consecuencia, la Convención se contentó con destituir el Estado Mayor de la guardia nacional, disolver las compañías de granaderos y cazadores, que eran las mejor organizadas y tenían en sus filas casi todos los jóvenes de coleta; confiar en lo sucesivo el mando de la guardia nacional al general del ejército del interior; proceder al desarme de la sección Lepelletier y la del Teatro Francés, y formar, en fin, tres comisiones para juzgar a los jefes de la rebelión, aunque los más habían desaparecido.

Las compañías de granaderos y cazadores no opusieron dificultad a la disolución; las secciones Lepelletier y del Teatro Francés entregaron sus armas sin resistencia, y cada cual se sometió. Los comités, ateniéndose a la clemencia, dejaron escapar a todos los culpables, ó toleraron que permaneciesen en París, donde apenas se ocultaban. Las comisiones castigaron únicamente a los contumaces, y sólo se prendió a uno de los jefes, al joven Lafond. Había inspirado algún interés su valor, y se quería salvarle; pero obstinóse en declarar su calidad de emigrado y en confesar su rebelión, y no se pudo perdonarle. La tolerancia fué tal, que uno de los individuos de la comisión formada en la sección Lepelletier, Mr. de Castellane, habiendo encontrado por la noche a una patrulla que le dió el *¡quién vive!*, respondió:

*¡Castellane et contumax!* Las consecuencias del 13 vendimiario no fueron, pues, sangrientas, y así la capital no se contristó. Los culpables se retiraban ó paseaban libremente, y no se hablaba en los salones sino de las hazañas que se atrevían a confesar. La Convención, sin castigar a los que la habían atacado, se contentaba con recompensar a los que la defendieron; declaró que habían merecido bien de la patria; votó gratificaciones en favor suyo, é hizo una brillante acogida a Barras y a Bonaparte. El primero, célebre ya desde el 9 termidor, lo fué mucho más aún por la jornada de vendimiario, y atribuyóse la salvación de la Convención. Sin embargo, no temió hacer partícipe de una parte de su gloria a su segundo. «Este es el general Bonaparte, dijo, y sus sabias y rápidas disposiciones son las que han salvado este recinto.» Aplaudiéronse estas palabras, se confirmó a Barras en el mando del ejército del interior, y nombróse a Bonaparte segundo jefe.

Los intrigantes realistas experimentaron un profundo descontento al ver el resultado de la insurrección del 13. Apresuráronse a escribir a Varona, diciendo que habían sido engañados por todo el mundo; que faltó el dinero; que «allí donde se necesitaba oro, sólo había trapo viejo; que los diputados monárquicos, los que hicieron promesas, les habían engañado, representando un papel infame; que era una raza jacobina de la cual no debían fiarse; que desgraciadamente no se había comprometido bastante y empeñado a los que debían servir la causa, y que los realistas de París, de valona negra ó verde y de coleta, que se distinguían por sus fanfarronadas entre los bastidores de los teatros, habían ido a esconderse debajo del lecho de las mujeres que los toleraban apenas oyeron el primer tiro.»

Lemaitre, su jefe, acababa de ser detenido con otros instigadores de la sección Lepelletier, y encontráronse en su casa muchos papeles; los realistas temían que se revelase en aquéllos el secreto del complot, y sobre todo que el mismo Lemaitre hablase; mas no perdieron por eso el valor, y sus agentes continuaron intrigando en las secciones.

La especie de impunidad de que gozaban les enardeció: puesto que la Convención, aunque victoriosa, no osaba castigarles, reconocía, pues, que la opinión estaba por ellos; y si vacilaba era porque dudaba de la justicia de su causa. Por más que estuviesen vencidos, mostrábanse orgullosos y altaneros, y reaparecían en las asambleas electorales para hacer elecciones conforme a sus deseos. Las asambleas debían formarse el 20 vendimiario, prolongándose hasta el 30; y el nuevo cuerpo legislativo había de estar reunido el 5 brumario. Los agentes realistas de París hicieron nombrar al convencional Saladín, a quien tenían ganado ya; y en algunos departamentos promovieron motines, viéndose asambleas electorales que se dividieron por su opinión.

Semejantes manejos y tanta osadía contribuyeron a irritar mucho a los patriotas, quienes en la jornada del 13 habían visto realizarse todos sus pronósticos, y mostrábanse orgullosos a la vez por haber adivinado y vencido merced a su valor el peligro que también previeron. Querían que la victoria no fuese inútil para ellos, que diera por resultado la severidad contra sus enemigos, reparaciones para sus amigos detenidos en las cárceles; elevaron peticiones en las que solicitaban la libertad de

los presos, la destitución de los oficiales nombrados por Aubry, la reposición en sus empleos a los que fueron separados, y el juicio de los representantes presos para comprenderlos en las listas electorales si eran inocentes. La Montaña, apoyada por las tribunas, todas llenas de patriotas, aplaudía estas peticiones, reclamando enérgicamente su adopción. Tallián, que se había reconciliado con ella, y que era el jefe civil del partido dominante, como Barras del militar, trató de contenerla, y pudo hacer que se retirase la última demanda relativa a incluir en las listas a los diputados presos, por creerla contraria a los decretos de los días 5 y 13 fructidor. Estos decretos, en efecto, declaraban inelegibles a los diputados actualmente suspensos en sus funciones; pero era tan difícil contener a la Montaña, como a los hombres de las secciones, y por lo mismo pareció que no podían pasar sin borrasca los últimos días de aquella Asamblea que sólo contaba ya una década de vida.

Contribuían también a aumentar la agitación las noticias de las fronteras excitando la desconfianza de los patriotas y las inextinguibles esperanzas de los realistas. Ya hemos visto que Jourdan había pasado el Rin por Dusseldorf, adelantándose al Sieg, y que Pichegrú había entrado en Manheim, enviando una división al otro lado del Rin. Tan dichosos acontecimientos no habían inspirado ningún gran pensamiento a aquel Pichegrú tan ponderado, que había probado en esto su perfidia ó su incapacidad. Según los cálculos regulares, debía atribuirse su falta a la poca aptitud, porque ni aun cuando se desea hacer traición se desperdicia jamás la ocasión de grandes victorias, que sirven siempre para darse más valor. Sin embargo, contemporáneos dignos de fe han creído que debían atribuirse sus desconcertadas maniobras a traición, y es el único general en la historia que ha dejado derrotarse voluntariamente. No debía pasar un solo cuerpo al otro lado del Manheim, sino todo su ejército para apoderarse de Heidelberg, que es el punto esencial en que se cruzan los caminos para ir desde el alto Rin a los valles del Nécker y del Mein. Era lo mismo que apoderarse del punto por donde Würmser hubiera podido unirse con Clerfayt; era lo mismo que separar para siempre a estos dos generales, asegurar la posición por donde podía darse la mano con Jourdan, formando con él una masa que hubiera sucesivamente arrollado a Clerfayt y Würmser. Clerfayt, conociendo el riesgo, dejó las orillas del Mein para dirigirse a Heidelberg; pero su segundo Kasdanowich, ayudado de Würmser, había logrado desalojar de Heidelberg a la división que Pichegrú dejó en este punto. Pichegrú se hallaba encerrado en Manheim, y Clerfayt, no temiendo ya la interceptación de sus comunicaciones con Würmser, se dirigió inmediatamente contra Jourdan. Estrechado éste entre el Rin y la línea de neutralidad, no pudiendo vivir como en país enemigo, y no teniendo nada dispuesto para sacar sus recursos de los Países Bajos, se hallaba, desde que no podía ni marchar adelante ni reunirse con Pichegrú, en una posición de las más críticas. Por otra parte, Clerfayt, sin respetar la neutralidad, se había colocado de modo que envolviese su izquierda y se lanzase al Rin; por consiguiente, Jourdan no podía sostenerse allí. Resolvieron los representantes, según opinión de todos los generales, que se replegase a Maguncia para bloquearla por la orilla derecha; pero esta

posición no era más ventajosa que la anterior, pues le constituía en la misma penuria, le exponía a los golpes de Clerfayt, en una situación desventajosa, y le dejaba en el caso de perder el camino de Dusseldorf, y así se decidió al fin que emprendería la retirada para ganar el bajo Rin, como lo hizo con mucho orden y sin verse hostigado por Clerfayt, el cual, embebecido en un gran proyecto, volvió al Mein para acercarse a Maguncia.

A esta noticia de la marcha retrógrada del ejército del Sambre y Mosa, se añadieron otras desagradables sobre el ejército de Italia. Scherer había llegado allí con dos hermosas divisiones de los Pirineos Orientales, que habían quedado disponibles por la paz con España; pero se decía que este general no confiaba en su posición, y que pedía recursos de materiales y provisiones que no podían darle y sin los cuales amenazaba retroceder. Hablábale, en fin, de otra expedición inglesa que conducía al conde de Artois y nuevas tropas de desembarco.

Aunque estas noticias no ofrecían ningún peligro a la existencia de la república, señora siempre de la corriente del Rin; que tenía dos ejércitos más que enviar, uno en Italia y otro en la Vendée; que por el suceso de Quiberón acababa de saber que podía contar con Hoche y no temer las expediciones de los emigrados, contribuyeron, no obstante, a alentar a los realistas aterrados en vendimiario y a irritar a los patriotas, poco satisfechos del modo con que se había usado de la victoria. El hallazgo de la correspondencia de Lemaitre produjo sobre todo el más contrario efecto, pues en ella se encontró el complot de que hacía tanto tiempo se sospechaba, y se adquirió la certeza de la existencia de una agencia secreta establecida en París en comunicación con Verona, con la Vendée y con todas las provincias de Francia, excitando movimientos contrarrevolucionarios y hallándose en relaciones con varios individuos de los comités y de la Convención. La jactancia misma de estos miserables agentes, que se gloriaban de haber seducido unas veces a generales y otras a diputados, que decían haber tenido relaciones con los monárquicos y termidorianos, contribuyó a excitar las sospechas y a hacerlas recaer en los diputados del lado derecho.

Ya designaban a Rovere y Saladín, preparándose contra ellos convincentes pruebas. Este último había publicado un folleto contra los decretos del 5 y 13 fructidor, y en recompensa le habían dado su voto los electores parisienses. También se indicaba como cómplices ocultos de la agencia realista a Lessage de Eure y Loira, a Larivière, a Boissy d'Anglás y Lanjuinais. Había les comprometido su silencio en los sucesos del 11, 12 y 13 vendimiario; y los periódicos contrarrevolucionarios, ensalzándoles con afectación, habían contribuido a comprometerlos más. Estos mismos periódicos que tanto alababan a los setenta y tres, llenaban de improperios a los termidorianos. Era, pues, difícil que no se siguiera un rompimiento. Los setenta y tres y los termidorianos continuaban reuniéndose en casa de un amigo común, pero no se veían con mucho gusto ni confianza.

En los últimos días de sesiones se habló en esta reunión de elecciones, de las intrigas de los realistas para seducirles y del silencio de Boissy, Lanjuinais, Larivière y Lessage durante las escenas de vendimiario. Legendre, con su acostumbrada petulancia, echó en cara

este silencio á los cuatro diputados que estaban presentes, y éstos trataron de justificarse. Lanjuinais dejó escapar la extraña expresión de *la carnicería del 13 vendimiario*, y probó así, ó un gran desorden de ideas, ó sentimientos poco republicanos. Al oírle Tallián se encolerizó de modo que quiso salirse, diciendo que no podía seguir más tiempo con realistas y que iba á denunciarlos á la Convención: le detuvieron, le tranquilizaron y se procuró dorar la expresión de Lanjuinais; sin embargo, se separaron completamente enemistados. Entretanto iba creciendo la agitación en París, se aumentaba la desconfianza por todas partes, y las sospechas de realismo se comunicaban á todo el mundo. Tallián pidió que la Convención se reuniese en sesión secreta; y denunció formalmente á Lessage, Lariviere, Boissy d'Anglès y Lanjuinais. Sus pruebas no eran suficientes, pues se apoyaban en invenciones más ó menos probables, y la acusación no se confirmó. Louvet, aunque amigo de los termidorianos, no apoyó, sin embargo, la acusación contra los cuatro diputados amigos suyos; pero acusó á Rovere y Saladin, pintando con negros colores su conducta. Recordó sus mudanzas del más desenfrenado terrorismo al realismo más fanático, é hizo decretar su arresto. También fué arrestado Lhomond, comprometido por Lemaitre, y Aubry, autor de la reacción militar.

Los adversarios de Tallián pidieron como represalias la publicación de una carta del pretendiente al duque de Hancour, en la que hablando de lo que se le pedía desde París, decía: *No puedo creer que Tallián sea realista de buena especie*. Debe recordarse que los agentes de París se lisonjaban de haber ganado á Tallián y á Hoche: sus acostumbradas exageraciones y sus calumnias respecto al segundo bastaban para justificar á Tallián. La carta produjo poco efecto, porque desde Quiberón, y después de su conducta en vendimiario, lejos de pasar Tallián por realista, considerábanle como un terrorista sanguinario. He aquí cómo los hombres que hubieran debido entenderse para salvar con sus esfuerzos comunes una revolución que era su obra, desconfiaban unos de otros, dejándose comprometer si no ganar por el realismo. Gracias á las calumnias de los realistas, los últimos días de aquella ilustre Asamblea terminaron como habían comenzado, con disturbios y borrascas.

Tallián pidió al fin el nombramiento de una comisión de cinco individuos, encargados de proponer medidas eficaces para salvar la revolución durante el tránsito de un gobierno á otro. La Convención nombró á Tallián, Dubois Grancé, Florent-Guyot, Roux de la Marne y Pons de Verdún. El objeto de esta comisión era impedir los manejos de los realistas en las elecciones, y tranquilizar á los republicanos en la formación del nuevo gobierno. La Montaña, poseída de ardimiento é imaginando que esta comisión iba á realizar todos sus deseos, creyó un instante que se trataba de anular todas las elecciones, suspendiendo por algún tiempo aún la hora de poner en vigor la Constitución, y propagó este rumor. Habíase persuadido de que no era llegado el momento de abandonar la república á sí misma, de que los realistas no estaban bastante desanimados, y que debía continuar algún tiempo más el gobierno revolucionario para aniquilarlos del todo. Los contrarrevolucionarios fingieron propagar los mismos rumores.

El diputado Thibaudeau, que hasta entonces no había pertenecido á la Montaña, ni á los termidorianos ni á los monárquicos, pero que parecía, no obstante, un republicano sincero, el cual acababa de merecer el voto de treinta y dos departamentos, porque al nombrarle se tenía la ventaja de no reconocer partido alguno; el diputado Thibaudeau, repetimos, no debía naturalmente desconfiar del estado de los ánimos tanto como los termidorianos. Creían que Tallián y su partido calumniaban á la nación al querer adoptar tantas precauciones contra ella; y hasta supuso que Tallián tenía proyectos personales; que deseaba ponerse á la cabeza de la Montaña, creando una dictadura bajo el pretexto de proteger á la república contra los realistas. Denunció, pues, de una manera virulenta y amarga este supuesto proyecto de dictadura, é hizo una declaración imprevista que sorprendió á todos los republicanos por no comprender el motivo. La declaración comprometió al mismo Thibaudeau en el ánimo de los más desconfiados, pues supusieronle intenciones que no tenía. Aunque recordase que era regicida, sabíase bien por ciertas cartas interceptadas (1) que la muerte de Luis XVI podía disculparse por los grandes servicios prestados á sus herederos, y este mérito no parecía una completa garantía. He aquí por qué, aunque sincero republicano, su declaración contra Tallián le perjudicó en el ánimo de los patriotas, valiéndole por parte de los realistas extraordinarios elogios. Llamáronle *Barra de hierro*.

La Convención pasó á la orden del día, esperando el informe de Tallián en nombre de la comisión de los cinco.

El resultado de los trabajos de esta última fué un proyecto de decreto que contenía las medidas siguientes: Exclusión de todo empleo civil, municipal, legislativo, judicial y militar para los emigrados y parientes de éstos hasta la paz general.

Permiso para salir de Francia, llevándose sus bienes, á todos aquellos que no quisieran someterse á las leyes de la república.

Destitución de todos los oficiales que no hubieran servido durante el régimen revolucionario, es decir, desde el 10 de agosto, y que hubieran sido reemplazados desde el 15 germinal, ó sea desde la reforma de Aubry. Estas disposiciones fueron adoptadas.

La Convención decretó después de una manera solemne la anexión de Bélgica á Francia y su división en departamentos. Por último, el 4 brumario, en el momento de disolverse, quiso terminar con un gran acto de clemencia su larga y borrascosa carrera. Decretó la abolición de la pena de muerte en la república francesa, á contar desde la paz general; cambió el nombre de la plaza de la *Revolución*, substituyéndole con el de la *Concordia*, y finalmente acordó una amnistía para todos los delitos referentes á la revolución, excepto para la sublevación del 13 vendimiario. Esto era poner en libertad á los hombres de todos los partidos, excepto á Lemaitre, el único de los conspiradores de vendimiario contra el cual existían pruebas suficientes.

La sentencia de destierro pronunciada contra Billaud-Varenes, Collot-d'Herbois y Barrere, que se revocó,

(1) *Monitor*, del año IV, pág. 150, carta de Entraigues á Lemaitre, fechada el 10 de octubre de 1795.

para juzgarlos de nuevo, ó sea para condenarlos á muerte, fué confirmada al fin. Barrere, el único que no se había embarcado aún, debió hacerlo acto continuo. Todas las prisiones tuvieron que abrirse.

Eran las dos y media del 4 brumario del año IV (26 de octubre de 1795), cuando el presidente de la Convención pronunció estas palabras: «La Convención Nacional declara que ha cumplido su misión, dando por terminadas sus sesiones.» Los gritos mil veces repetidos de *¡Viva la república!* acompañaron á estas últimas palabras.

Así terminó la prolongada y memorable legislatura de la Convención Nacional. La Asamblea Constituyente había debido destruir la antigua organización feudal, fundando otra nueva; la Asamblea Legislativa debió ensayarla en presencia del rey, respetado por la Constitución; pero después de una prueba de varios meses, reconoció y declaró la incompatibilidad del monarca con las nuevas instituciones y su complicidad con la Europa conjurada; y suspendiendo en sus funciones al rey, así como la Constitución, se disolvió.

La Convención halló, pues, un monarca destronado, una Constitución anulada, la guerra declarada á Europa, y por todo recurso una administración perdida, un papel moneda desacreditado y los antiguos cuadros de los regimientos deshechos.

Así, pues, no era la libertad la que debía proclamar en presencia de un trono debilitado y despreciado; lo que tenía que hacer era defenderla contra la Europa entera, misión mucho más difícil. Sin atemorizarse un momento, proclamó la república á la faz de los ejércitos enemigos; después inmoló al rey para cerrarse toda salida; apoderóse luego de los poderes y se constituyó en dictadura. Algunas voces se elevaron en su seno para implorar humanidad, cuando estaba dispuesta á oír hablar de energía, y las ahogó al punto.

Poco después, la dictadura que se había arrogado en Francia por la necesidad de la conservación humana, arrogáronla á su vez doce individuos, por la misma razón é igual necesidad. Desde los Alpes al mar, desde los Pirineos al Rhin, esos doce dictadores se apoderaron de todo, hombres y cosas, empeñando con las naciones de Europa la más terrible y grandiosa lucha de que haga mención la historia. Para continuar siendo jefes supremos de esta obra inmensa, inmolaron alternativamente á todos los partidos; y según la condición

humana, cometieron los excesos á que les inducían sus cualidades. Eran éstas la fuerza y la energía; el exceso fué la crueldad. Vertieron torrentes de sangre hasta que, habiéndose hecho inútiles ya por la victoria y odiosos por el abuso de la fuerza, debieron sucumbir.

La Convención volvió á tomar entonces para sí la dictadura, comenzando poco á poco á aflojar los resortes de su administración terrible; y tranquilizada por la victoria, escuchó la voz de la humanidad; entregándose á un espíritu de regeneración, deseó todo cuanto era bueno y grande, é hizo el ensayo durante un año; pero los partidos subyugados bajo una autoridad desapiadada renacieron bajo otra clemente. Dos facciones, en las cuales se confundían los amigos y enemigos de la revolución bajo infinitos aspectos, atacáronla á su vez: venció á los unos en germinal y pradiel, y á los otros en vendimiario, mostrándose heroica hasta el último día en medio de los peligros. Redactó por fin una Constitución republicana, y después de tres años de lucha con Europa, con las facciones, consigo misma, sangrienta y mutilada, disolvióse al fin, transmitiendo la Francia al directorio.

Ha dejado un recuerdo siempre terrible; y sólo tiene un hecho que alegar en su defensa, uno sólo; pero todas las censuras se desvanecen ante este hecho inmenso: nos salvó de la invasión extranjera.

Las precedentes Asambleas le habían legado la Francia comprometida; la Convención la entregó salvada al Directorio y al Imperio. Si en 1793 hubieran vuelto los emigrados á Francia, no habría quedado vestigio de las obras de la Constituyente ni de los beneficios de la revolución; en vez de esas admirables instituciones civiles, de esas brillantes hazañas que distinguieron á la Constituyente, á la Convención, al Directorio, al Consulado y al Imperio, tendríamos la sangrienta y vil anarquía que vemos entronizada hoy allende del Pirineo. Al rechazar la invasión de los reyes conjurados contra nuestra república, la Convención aseguró á la revolución una victoria no interrumpida de treinta años en el suelo de Francia, dando á sus obras tiempo para consolidarse y adquirir esa fuerza que les permite arrostrar la cólera impotente de los enemigos de la humanidad.

La Convención podrá decir siempre á los hombres que se titulan con orgullo patriotas del 89: «Vosotros provocasteis la lucha; yo soy quien la sostuve y terminé.»